

Domingo 19, A. JESUCRISTO, RECONOCIDO POR LA FE, REVELACIÓN DEL MISTERIO DE DIOS.

Felipe Fernández Caballero

MENSAJE CENTRAL

Cristo se hace misteriosamente presente al hombre que le busca. El poder de su brazo libera del miedo y ofrece seguridad y confianza. El encuentro con Él se expresa en una sincera confesión de fe.

LA FE DE LA IGLESIA

La fe en el Evangelio se plantea en diálogo con Jesús, como oración. Dios nos busca en Jesús: "Olvide el hombre a su Creador o se esconda lejos de su Faz, corra detrás de sus ídolos o acuse a la divinidad de haberle abandonado, el Dios vivo y verdadero llama incansablemente a cada persona al encuentro misterioso de la oración. Esta iniciativa del amor del Dios fiel es siempre lo primero en la oración, la iniciativa del hombre es siempre una respuesta. A medida que Dios se revela y revela al hombre a sí mismo, la oración aparece como un llamamiento recíproco, un hondo acontecimiento de Alianza. A través de palabras y acciones tiene lugar un trance que compromete el corazón humano..." (CEC 2567).

LECTURAS

1. Aguardar el paso de Dios

1R 19, 9a. 11-13a

El texto que ahora vamos a escuchar nos pone en guardia contra la tentación de lo espectacular. ¡Nos gustaría tanto que Dios interviera a golpe de prodigios! La mayoría de las veces se manifiesta de un modo completamente distinto al que deseáramos.

Después de los acontecimientos del Carmelo (1 Re 18), Elías teme el furor de Jezabel y huye, desanimado, al desierto. Busca una nueva experiencia de Dios en la montaña de la Alianza. Lo mismo que Moisés, Elías verá también al Señor pasar ante él (Ex 33,19), pero será de una manera muy distinta. Es ese paso de Dios el que queda descrito en esta primera lectura de hoy.

Se advierte en el relato el deseo de corregir antiguas ideas que oían la voz de Dios en el viento y el trueno y veían su presencia en el fuego. Así es como se representaba la teofanía del Sinai (Ex 19, 16-19). También los sirios y los fenicios veían en la tormenta el signo de la presencia del dios Baal. Pero es en el murmullo de un ligero susurro donde Dios se manifiesta (lit.: en «una voz de silencio suave»).

Es signo de otra comunicación que no se inscribe ya en el orden de la naturaleza, sino en el de un diálogo personal, interior, que exige una verdadera escucha (Salmo 84). Este relato pone en guardia contra la tentación de lo

espectacular. ¡Nos gustaría tanto que Dios interviera a golpe de prodigios! La mayoría de las veces se manifiesta de un modo completamente distinto al que desearíamos.

Esta lectura y el evangelio reflejan la misma situación de angustia: el fugitivo Elías que desea morir, los discípulos solos en la barca y, sobre todo, Pedro hundiéndose en el mar. El mismo peligro evocado por la violencia del viento. En ambos casos, manifestación inesperada y sorprendente de Dios o de Jesús, que vuelven a infundir ánimo y confianza a los hombres y les ofrecen un futuro. La soledad de Jesús en la montaña, para orar, recuerda también la de Elías camino del Horeb.

2. “Quisiera ser un proscrito por el bien de mis hermanos”

Rom 9, 1-5

La expresión final del texto paulino de hoy es uno de los testimonios más explícitos y categóricos acerca de la divinidad de Jesucristo que se hallan en San Pablo y en todo el Nuevo Testamento.

Pablo se enfrenta con la realidad del rechazo del Evangelio por parte de la mayoría de su pueblo. Para él es un enigma que éste, tras siglos esperando al Mesías, no lo haya acogido mayoritariamente a su venida

Comienza afirmando que Dios no ha abandonado a Israel. Adoptados como hijos de Dios, los judíos gozan de su presencia, de su fidelidad a las promesas hechas, y deberían sentirse orgullosos ya que de su descendencia ha nacido el Mesías.

Para una mejor comprensión de su enseñanza, conviene precisar algunas de sus afirmaciones

- v 3. *Ser anatema por Cristo.* Una comparación precisará exactamente el alcance de estas palabras. Corno Cristo se hizo *objeto de maldición por nosotros* (Gál. 3, 13), tomando sobre sí nuestros pecados para satisfacer por ellos y salvarnos, proporcionalmente San Pablo desea hacerse anatema por los Judíos, cargando sobre sí sus pecados para pagar por ellos y así salvar a sus hermanos. La expresión *yo mismo* quiere decir *yo personalmente en lugar de ellos*.

- v 4. *Las prerrogativas de Israel.* Enumera San Pablo nueve prerrogativas o privilegios de los Judíos. 1) *Israelitas:* es el nombre glorioso, que aun hoy día prefieren los judíos. 2) *La adopción filial:* que recae sobre Israel colectivamente considerado. 3) *La gloria:* es la presencia de Dios en medio de Israel, visiblemente manifestada en ocasiones solemnes por una niebla que envolvía el tabernáculo o el templo: 4) *Las alianzas:* son los pactos que hizo Dios con Israel en la persona de Abrahán o de Moisés. 5) *La legislación:* es la constitución teocrática, que hizo de Israel un pueblo o nación de Dios. 6) *El culto:* son las instituciones religiosas dadas por el mismo Dios. 7) *Las progresas:* son principalmente las promesas mesiánicas hechas a Abrahán y a David. 8) *Los patriarcas:* que son una de las mayores glorias

de Israel. 9) El *Mesías*: que es la gloria suprema de Israel.

San Pablo no menciona los privilegios de Israel precisamente como beneficios divinos, ni menos con espíritu de júbilo, sino como amargo contraste entre los privilegios y la actual incredulidad de Israel y su consiguiente reprobación.

v5. Soberanía y divinidad de Jesucristo.

La expresión final: *De quienes desciende el Mesías según la carne, quien es sobre todas las cosas Dios bendito por los siglos* es uno de los testimonios más explícitos y categóricos acerca de la divinidad de Jesucristo que se hallan en San Pablo y en todo el Nuevo Testamento.

La expresión *según la carne* es en Pablo, en frases como ésta, el primer extremo de una antítesis, cuyo segundo extremo es, según los casos, Dios o el Espíritu

Evangelio."Ánimo, soy yo, no tengáis miedo"

Mt 14, 22-33

En Mateo, la barca zarandeada por las olas apunta a la Iglesia en sus difíciles comienzos y en todas las épocas. Pedro ocupa un lugar relevante. Y Pedro y todos los ocupantes de la barca, confiesan al Hijo de Dios. Esta confesión, a la que aludimos por tercera vez, es el corazón de la Iglesia.

Mateo sigue en este pasaje el relato de Marcos (6, 45-52), con algunos matices que le dan un nuevo significado. Aquí no son los discípulos los que «se fatigaban remando», sino la barca la que se ve «zarandeada por las olas». El relato del «seísmo amordazado» –la tempestad– (8, 22-27) nos ha mostrado ya que Mateo veía en esta barca un símbolo de la iglesia. Es también esta iglesia por la que aquí se preocupa. Esta secuencia (la noche, Jesús rezando, los discípulos desamparados, nuevo encuentro con Jesús) se encuentra en Marcos al comienzo del ministerio de Jesús (1,35-38); en Mateo encontramos este relato en el de la tempestad y en la agonía de Getsemaní. No es casualidad que la marcha sobre las olas siga a la multiplicación de los panes, mientras que la agonía en el huerto siga a la institución de la eucaristía; la multiplicación de los panes prefigura a la eucaristía, alimento del hombre que camina en la noche de la fe. Mientras que en Marcos el relato acaba con el estupor de los discípulos, de corazón endurecido, que no han comprendido, en Mateo termina con una profesión de fe: *Verdaderamente tú eres Hijo de Dios*. Si Marcos subraya que el misterio de Jesús sigue cerrado hasta la resurrección, Mateo quiere sobre todo presentarnos el ejemplo de lo que tenemos que hacer hoy en esa barca-iglesia: reconocer en Jesús al Hijo de Dios.

Mateo ha añadido a su relato el de Pedro caminando sobre las aguas. Lo había nombrado ya el «primero» en la lista de los doce (10,2); se presente que Pedro empieza a ocupar un lugar especial en esta barca-iglesia, como se verá más adelante (16,13-20 y 17,24-27). Su pregunta es ambigua: ¿expresa su fe o su duda? Pedro encarna el camino de la fe en el corazón del hombre; cree, pero su fe sigue

siendo frágil. Cuando no piensa más que en Jesús, es fuerte; cuando vuelve a tomar conciencia de su condición humana, «se hunde». Pero grita: ¡Señor, sálvame! Y entonces Jesús lo sostiene y lo salva. Imagen auténtica de las luchas del hombre por Cristo: por la fe y el amor, el hombre se ve en cierto modo agarrado a Cristo.

Tras los milagros de Genesaret (14, 34-36), viene una controversia que enfrenta a Jesús con los fariseos y los escribas (15, 1-20): ¿Por qué los discípulos comen pan sin lavarse las manos ritualmente? Jesús les demuestra que no han comprendido, lo mismo que los discípulos de antaño, la «novedad» del evangelio. Nos vemos remitidos de nuevo a las enseñanzas del sermón de la montaña sobre la interiorización de la ley realizada por Jesús.

HOMILÍA

Las condiciones de vida, con frecuencia, frenéticas, dejan poco espacio al silencio, a la reflexión y al contacto con el medio ambiente. El tiempo de las vacaciones ofrece a la persona oportunidades únicas de reencuentrarse a sí misma, de percibir en el mundo circundante la impronta de la bondad y de la providencia de Dios, y de abrirse a la alabanza y a la oración”

Las lecturas de este domingo nos hablan de dos hombres, Elías y Jesús, que buscan a Dios en la soledad de la montaña. Necesitan reparar fuerzas, meditar sobre el sentido profundo de sus vidas y de su vocación y, sobre todo, escuchar en el silencio la voz de su Señor.

1. El profeta Elías se siente cansado. Ha denunciado la idolatría de su pueblo y le ha anunciado al verdadero Dios, sin que éste haya querido escuchar su palabra. La reina Jezabel trata de quitarlo de enmedio; se refugia en una cueva, y oye la voz del Señor que le dice: “*Sal y aguarda en el monte. El Señor va a pasar*”. Si Dios se le muestra en toda su grandeza, piensa él, se sentirá fortalecido y no temerá seguir amenazando con el castigo divino al pueblo que se ha vuelto a otros dioses. Percibe la llegada de un viento huracanado que agrieta los montes y rompe los peñascos, “*pero el Señor no estaba en el viento*”; tras el viento, vino un terremoto y, tras el terremoto, un fuego devorador, pero tampoco estaba en ellos el Señor. ¿Dónde, pues, lo encontrará? ¿Será la voz de Dios más poderosa que esos fenómenos tan sobrecogedores?. “*Después del fuego, se oyó una brisa tenue; al sentirla, Elías se tapó el rostro con el manto, salió afuera y se puso en pie a la entrada de la cueva*”. Ha reconocido el paso de Dios, no en el huracán, no en el terremoto o en el fuego, sino en el susurro imperceptible; sale fortalecido de ese encuentro, pero ha comprendido, a la vez, que el Dios de Israel no quiere ser reconocido como fuerza destructora de quienes le rechazan, sino como brisa suave que serena los espíritus y pacifica los corazones de quienes lo acogen libremente.

2. También Jesús, al tener conocimiento de la muerte del Bautista, consciente del peligro que se cernía sobre él, decidió marchar en barca a un sitio tranquilo y apartado. Necesitaba de la oración para expresar al Padre el amor incondicional que daba consistencia a su ser y a su misión, y reconocer en él su roca y baluarte, su auxilio y fortaleza. Nunca, sin embargo, la oración le situó al margen de las

necesidades de los hombres. Al ver que muchas personas, ansiosas de su palabra, le seguían a pie desde los pueblos “*sintió lástima, curó a los enfermos*” y les dio de comer. Sólo entonces, después de haber despedido a la gente, “*apremió a sus discípulos a que subieran a la barca y se le adelantaran a la otra orilla; subió al monte a solas para orar y, llegada la noche, estaba allí solo*”.

Su encuentro con Dios en la soledad de la montaña está también en la raíz de su tarea evangelizadora; su andar sobre las aguas, en que se muestra como Señor de la creación y conductor de la nave de la Iglesia, es una manifestación excepcional –como su Transfiguración, que hoy celebramos–, de su conciencia de Hijo, sostenido siempre por la mano de su Padre.

“*Mientras tanto, la barca iba ya muy lejos de tierra, sacudida por las olas, porque el viento le era contrario*”. El viento somete a prueba la resistencia de la casa, que se mantiene en pie si está construida sobre roca, pero que se derrumba si está construida sobre arena. Las olas encrespadas del mar simbolizan, en la Escritura, los poderes que se rebelan contra el hombre y amenazan su existencia. A hacer frente a esos poderes ha venido Jesús. Sus discípulos están muertos de miedo. Llevan varias horas remando contra corriente en la oscuridad de la noche. Y “*de madrugada se les acercó Jesús andando sobre el agua*”. Jesús, al que en principio no han reconocido, les dice enseguida: “*Animo, soy yo, no tengáis miedo*”. Pedro, en armonía con su vehemencia, le pide llegar hasta él, caminando también sobre las aguas; vio que se hundía, y no le quedó más remedio que gritar: “*Señor, salvame*”. Jesús tendió la mano a Pedro, y le dijo: “*¿Por qué dudas?, ¡hombre de poca fe!*”. Ambos subieron juntos a la barca, el viento se calmó, y los discípulos se postraron ante él diciendo: “*Realmente eres Hijo de Dios*”

3. El miedo o el desconcierto –como a Elías, como a los primeros discípulos de Cristo– atenaza y bloquea hoy a muchos cristianos, que identifican con entusiasmo a su Iglesia con la imagen evangélica de la casa edificada sobre roca. Se sentirían muy a gusto en una sociedad que asumiera, sin oposición alguna, una cultura política y civil inspirada en el evangelio, y en una Iglesia mayoritaria, fuerte y respetada, cuyas instituciones volvieran a contar con la protección y el apoyo incondicional del Estado. Les resulta muy difícil, sin embargo, reconocer a la Iglesia en la barca que avanza lentamente, navegando contra viento y marea en una sociedad en la que ya no tiene un lugar privilegiado, y que ha dejado de reconocerla como su instancia moral indispensable. Llegan, incluso a preguntarse, como Elías, cómo Dios no actúa con su poder, para hacer valer su ley y sus derechos.

“*Animo, soy yo, no tengáis miedo*”, nos dice Jesús. En un mar tan proceloso como el nuestro, la presencia de Cristo, percibida en la quietud de la oración, mantendrá en nosotros la certeza de que el Reino de Dios continuará su avance mientras haya hombres dispuestos a remar contra corriente en la noche de la vida. *¿Por qué dudamos, hombres de poca fe?*